

Hay dos bulos que la creencia popular ha transformado en verdad que durante muchos años me han hecho perder mi precioso tiempo de vacaciones.

El primero: las dos horas de digestión. Que yo no me he tirado en paracaídas pero sé la angustia que se siente al asomarte al abismo y mirar a los ojos a la muerte porque de pequeño me he metido muchas veces en la playa solamente una hora y cincuenta minutos después de comer.

En los años 80 la digestión era una religión. Los más chungos de mi barrio, coqueteaban con las drogas y ensordecían al vecindario conduciendo sin casco su Puig Condor, Pero después de comer, sus dos horas de partidas al cinquillo en las toallas no se las quitaba nadie. Porque con la heroína se podía jugar pero con la digestión no.

El segundo bulo que más tiempo de vacaciones ha jodido, literalmente, es uno extendido por culpa del cine: es ese que dice que hacer el amor en la playa es excitante y divertido.

Hacer el amor en la playa está tan sobrevalorado como la exigencia de los solteros que se apuntan al e-Darling.

Yo hasta el pasado verano no había tenido la oportunidad de practicar sexo en la playa....., ni en la montaña....., ni en el campo, ni en mi casa.... Ni en la casa de campo. Pero bueno, eso de que todo el mundo pierde la virginidad antes de los 40 es otra de esos bulos extendidos que yo no me voy a tragar.

El caso es que no sabemos porque extraños designios del destino el verano pasado por fin me surgió la oportunidad. No sé si fue el calor de la noche o si fue mi piel morena. Si mi mirada de lince o mi conversación amena. Tal vez, quién sabe, fueran sus catorce dioptrías o su grado etílico próximo al coma.... Da igual, un caballero no puede rechazar la proposición de una dama por muy ininteligible que sea así que fui con ella hacia la playa No sin antes hacer un sutil gesto de complicidad a mis colegas.

Hasta entonces no me había fijado en la capacidad lumínica de las farolas del paseo marítimo... Entre eso, los mirones pajilleros, los teléfonos inteligentes con cámara de video de 12 megapixels, los cursos CC de realización de documentales y que mi culo es el final del tubo digestivo.Si lo hacíamos en la parte de playa cerca del paseo habría grandes posibilidades de encontrar al día siguiente mi tubo en you tube.

Así que buscamos una zona oscura y alejada de la civilización. Una vez llegados allí, no había luz, no había mirones, pero había tal saturación de parejas salidorras que se hacía difícil encontrar un hueco donde acoplarnos. Porque los lugares oscuros por las noches para el sexo, son como la primera línea de playa por la mañana para la sombrilla, es casi imposible encontrar un lugar donde clavarla.

Pero sin duda lo peor de buscar sitio fue para mí que de tanto pasear a ella se le había pasado casi el pedo, y temí que al recuperar levemente la consciencia, quisiera poner fin a mi noche de pasión. Pero sorprendentemente no... y de repente nuestros cuerpos empujados por el frenesí empezaron a rodar sobre la arena.

Rodar sobre la arena.... ¡¡ qué error!!.

En las pelis la arena está químicamente tratada con electrolitos para que no se adhiriera al cuerpo de los actores.

En la realidad al segundo beso los dientes empiezan a rechinar y se forma barrillo asqueroso en la comisura de tus labios. Cada segundo que pasaba me iba pareciendo más a un motorista del Paris-Dakar sin casco, estaba a cien y no paraba de comer arena.

Y el calentón fue lo peor. Los dos estábamos tan calientes que no podíamos aceptar nuestra realidad como croquetas humanas. Y entonces ella dio el siguiente paso: me bajó los pantalones, me metió mano.... y entonces comprendí la expresión “pelársela con papel de lija”. Y también comprendí que todos los grititos que se oían a nuestro alrededor no eran precisamente de placer.

Aquello no podía continuar, así que propuse acercarnos a la orilla del mar. Así por un lado nos desembarazaríamos de la arena y por otro era un lugar más romántico como en las pelis.

Que tú ves, De Aquí a la eternidad, Burt Lancaster y Deborah Kerr, a los amantes en las pelis besándose sobre la orilla y llega la ola y les pasa por encima y como que crece la pasión.

Eso en las pelis, en la realidad, llega la ola y como te pille la boca abierta te ahogas. Y otra cosa, que el agua del mar de las pelis es de Solan de Cabras. Pero la del mar tiene algas y desperdicios. Y pelo de las mujeres tiene mayor capacidad de adherencia para la basura que la mopa atrapapolvo de Johnson, y como encima mi chica tenía gafas de culo parecía que me estaba zumbando a la bruja avería. Y lo peor es con el roce de antes en la arena mi picha parecía del atleti de Madrid. Y el contacto de los arañazos con la sal fue letal. Me caía una lagrimilla por la mejilla. Ello me pregunto que qué me pasaba y yo le dije: “te quiero”

Esto la excitó más si cabe y para dejarnos de medias tintas nos metimos del todo en el agua. A lo loco sin hacer la digestión ni nada. Pero lo peor es que el agua estaba tan fría que no temía el corte de digestión, si no la cortaque se te queda.

Llegó un momento en que pensé que la única posibilidad de que aquello creciera es que me picara una medusa.

Aún así intenté relajarme, y vino a mi cabeza un consejo que oí en cierta ocasión: “si alguna vez lo haces en la playa, deja que el balanceo de las olas haga todo el trabajo por ti”. Sí, sí... balanceo. No hay dos olas seguidas con la misma intensidad. Allí sólo podían pasar dos cosas: que le sacase un ojo o que me mordiera un huevo. Pero increíblemente a ella no parecía importarle y me preguntó que si llevaba protección, claro que a esas alturas comprenderéis que no sabía si se refería a condones o a tiritas.

Habíamos intentado emular a los protagonistas de “De aquí a la eternidad” pero si aquello seguía así, lo nuestro iba a ser más bien “De aquí a La Fraternidad” ... a la clínica de la Fraternidad.

Por si acaso propuse ir a mi apartamento. A la cómoda, maravillosa y tradicional cama. Lo que pasa es que con tanto ajetreo estábamos tan cansados que al pillar el colchón nos quedamos dormidos. Lo que me supuso quedarme sin sexo otra vez porque al despertar nos miramos y... descubrimos el efecto afrodisíaco que el alcohol y la ausencia de luz había tenido la noche anterior. Con decirnos que al despedirnos en la puerta del apartamento en vez de un beso apasionado, ella me dio la mano. Y es que aunque en los cuentos las calabazas pueden ser carrozas. En los días de verano y alcohol, las princesas se transforman en carrozas y las carrozas te dan calabazas. Así que después de mi experiencia sólo puedo decir:

¡Me cago en la mar!